repararíamos en ello. No se concibe lo limitado, sino poniéndole un término, que es una pura negacion de otra estension mayor, dice Fenelon, como si dijéramos la privacion y ausencia de lo infinito. Y no pudiéramos concebir la privacion de lo infinito si no se concibiese antes el mismo infinito, á la manera que no podriamos formar idea de lo que es enfermedad, si no concibiésemos primero la salud, de que aquella no es mas que una privacion.—No se diga que la idea que se tiene del *infinito* no es otra que la del *indefinido*, y que por ella entendemos un objeto cuyos límites nos son desconocidos, pero que sin embargo ecsisten, sin otra diferencia que la de ser mas ó menos esteriores, y siempre determinados. No es esto ciertamente: si fuera esto así nos bastaban los nombres *finito* é *indefinido*, y no hubiéramos acudido á un tercer nombre, si no tuviésemos tambien una tercera idea. Lejos de esto la voz *indefinido* hace mas significativa y vigorosa la voz *infinito*, reservándolo para espresar la idea de una cosa que no tiene fin, sea este conocido ó desconocido, fijo ó vago: en una palabra, una cosa cuyo fin no ecsiste. *Indefinido* aleja y suspende el límite, *infinito* le escluye totalmente. Tal es el sentido propio y usual de esta palabra. En las ciencias, por ejemplo, la perpetuidad del movimiento, la infinita divisibilidad de la materia se conciben, y demuestran un infinito verdadero en tiempo ó en estension. No se intenta con esto significar que no se ha encontrado aún el término de la divisibilidad de la materia, antes se quiere decir que no tiene término posible. Tal es el concepto del nombre infinito en todas las aplicaciones que de él hacemos. El espíritu se pierde sin duda en semejante idea, no la entiende; pero la concibe, y tan bien concebida, que nada puede sin ella concebir. La idea, pues, del infinito ecsiste inseparablemente en el espíritu humano.

Y esta idea, pregunto yo: ¿tiene una realidad de la clase que llaman objetiva, ó es meramente una quimera? ¿Ecsiste de positivo un Sér que sea infinito en todo?

Bastariame contestar que fuera un absurdo decir que por una quimera medimos todas las realidades, ó sean todas las cualidades relativas que atribuimos á las cosas. Si la suprema perfeccion es una quimera, serán sin remedio quiméricos tambien todos los juicios que formemos sobre los diversos grados de perfeccion de las demás cosas, y todo desaparece ante una indiferencia completa ó una negacion absoluta.

Voy á dar á mi demostracion una ilacion mas matemática.

La nada no es visible: donde nada hay absolutamente, nada se ve.

Cuando, pues, tenemos idea de algun objeto, una de dos: ó la recibimos de la impresion que este objeto produce en nuestro espíritu, y entonces la idea es verdadera, ó bien la forjamos dentro de nosotros mismos á semejanza de otro objeto que nos la sugiere, y èntonces no es mas que una imitacion, una idea prestada y por lo mismo falsa.

De aquí concluyo que si ecsiste una idea que no pueda habernos sido sugerida por algun objeto estraño, preciso es que venga directa é inmediatamente de su objeto propio, y que este objeto ecsista y sea verdadero.

Tal digo yo que es la idea del infinito: solamente lo infinito puede representarse á sí mismo: si no ecsistiese pues no tendriamos su imágen en nuestra mente. Si no tengo á mi alcance otra cosa mas que lo limitado, ¿cómo puedo sacar de ello la idea de lo infinito? Esto es matemáticamente imposible; porque en lo menos nunca puede verse lo mas, no pueden verse cien realidades donde no hay mas que cuarenta; porque entonces se vieran sesenta que no ecsistirian, y la nada ni es visible ni inteligible.

¿Me diréis acaso que añadiendo lo limitado á lo limitado se llega al fin hasta la idea de lo infinito? Este es el punto donde os aguardo. Sumad cuanto quisiéreis, pues en el total nunca encontraréis mas que las partidas que hubiéreis acumulado; y como solo habeis echado mano de lo limitado, no obtendréis mas que una suma limitada tambien. Agregad cuanto se os antoje, y todos vuestros esfuerzos conseguirán todo lo mas haber alejado mas allá y ensanchado los límites de lo finito. La diferencia entre lo limitado y lo infinito no es una diferencia de estension, sino de naturaleza, y como la estension de un objeto limitado, por grande que fuere, solo consiste en el ensanche y no en la supresion de sus límites, resultará que en cualquier punto adonde la llevaremos, nos hallarémos siempre tan lejos de lo infinito como lo estábamos en el primer punto; es decir, que no hay punto de partida de lo limitado á lo infinito.

¿O diréis que para formar esta idea de lo infinito por lo finito suprimiréis los límites de este último? Entonces llegaréis, no á la idea de lo infinito, sino á la nada. Porque ¿qué es suprimir los límites de una cosa finita? Suprimir la misma idea de lo finito: y siendo esto lo único que teníais, ya nada tendréis; si de *otra parte* no teneis una idea con que llenar esta sima, y esta idea es la de lo infinito.

Lo que en esto nos engaña es el no observar que lejos de poder formar la idea de lo infinito por lo limitado, es cabalmente lo contrario, y que como ya hemos visto, solo por la presuposicion de la idea de lo infinito venimos á concebir la idea de lo limitado. Aplicada ésta á cualquier objeto que sea, al espacio, al tiempo, á la perfeccion de toda especie, presupone ya la idea del espacio, del tiempo, de la misma perfeccion tomada absolutamente y sin restricciones; tipo al cual referimos y ajustamos el movimiento de lo finito, segun aquella magnífica definicion del tiempo sacada de Platon: *el tiempo, móvil imágen de la inmoble eternidad;* de suerte que cuando de la idea de lo limitado nos remontamos á la de lo infinito, no hacemos mas que volver á la fuente primitiva en que hemos bebido la idea de lo finito.

¿Pero por dónde hemos concebido la idea de lo infinito?... Esto es lo que no puede esplicarse.

Resulta pues quebajo cualquier órden de ideas lo limitado no puede ser el tipo generador de lo infinito, lo cual en ninguna cosa puede ser comprendido, y por ninguna otra representado, sino que ello es modelo de sí mismo. Y si la mente ve lo infinito, preciso es que ello ecsista en realidad, porque no siendo la nada ni visible ni inteligible, lo que se ve sin objeto preecsistente y sin velo intermedio, ecsiste necesariamente por sí mismo: ES LO QUE ES.

Y este Sér infinito, ecsistente, actual y esencial como la idea que le representa á mi espíritu, ó por mejor decir, este Sér cuya idea no es mas que la presencia, la vision inmediata de él mismo, es precisamente lo que llamamos Dios.

"Este Sér, dice Newton, es eterno é infinito: todo lo puede y todo lo sabe:" es decir, que ecsiste desde la eternidad, está presente en todas partes, desde lo infinito hasta lo infinito, todo lo gobierna y todo lo conoce, lo que es y lo que puede ser. No es la eternidad ni la inmensidad, pero es eterno é inmenso; no es la duracion ni el espacio, pero dura siempre y todo lo llena con su presencia, y ecsistiendo continuamente y donde quiera, constituye el tiempo y el espacio. Como todo punto indivisible del espacio ecsiste en todos los instantes del tiempo, y todo instante del tiempo ecsiste en todos los puntos del espacio; él es el autor y el árbitro de todas las cosas en todo tiempo y en todo lugar (1).

Nuestro espíritu no puede abarcar esta idea de Dios, es una verdad; y todo el genio de Newton, al quererla definir, no hace mas que tartamudear su nombre; pero es cabalmente lo que mejor la define, segun este bello pensamiento de Tertuliano:—"Nada nos dá una idea mas magnífica de Dios, que esta misma imposibilidad de definirle: su infinita perfeccion le descubre, y al mismo tiempo le oculta á la vista de los hombres (2)."

VII. *Prueba sacada de la ecsistencia de las verdades necesarias.*—Esta última prueba depende de la precedente, y no es mas que su consecuencia. De ella sin embargo la idea de Dios va á resultar mas perceptible, ó por mejor decir mas palpable para nuestra mente.

Verdades hay que han permanecido inmóviles desde el principio del mundo, y que ciertamente permanecerán del mismo modo hasta el fin de él por mucho que tarde: hablo de aquellos principios primitivos, de aquellas leyes eternas de la razon y de la conciencia que gobiernan al mundo intelectual y moral.

En el mundo intelectual, por ejemplo, todos los primeros principios geométricos, tales como la naturaleza y propiedades del triángulo, del cuadrado, del círculo, ó las proporciones de las figuras, se hallan en el mismo caso. Siempre han sido y siempre serán las mismas: ni concebimos siquiera que hayan podido tener algun principio, ni que en tiempo alguno *dos y dos* no hayan sido *cuatro*. Decir que esto ha sido un trato convencional entre los hombres seria un absurdo; pues es evidente que esta verdad no depende de ellos: ellos dependen mas bien de esta verdad, que han encontrado ya establecida, y que asimismo la dejarian aunque todos desapareciesen. Lo mismo acontece con las demás verdades preecsistentes y necesarias que se hallan á la cabeza de todas las órdenes de ideas. Ellas son las piedras de toque de nuestros juicios, y por ellas en todo tiempo y en todo lugar distinguimos lo falso de lo verdadero.

En el órden moral nuestras acciones y pensamientos no son indiferentemente buenas ó malas: á unas llamamos justas y á otras injustas, distincion que nunca varía ni cede á los tiempos ni se acomoda á los intereses particulares, ni ha sido jamás escrita, ni ha tenido necesidad de serlo. Cado uno de nosotros la trae escrita en el fondo de su conciencia privada, y todos juntos la traemos en la conciencia pública: ella es la que domina y regula de su propia autoridad así las naciones como los individuos, y así los siglos como los dias: los historiadores de cualquiera pais que sean no tienen necesidad de caracterizar los hechos que refieren: bástales esponerlos y abandonarlos á esa conciencia universal del género humano, que ningun poder puede destruir, como dice Tácito, para que la unánime posteridad deje de darles la corona del aplauso ó la marca infame del vituperio.

Ahora bien, esta razon universal, esta verdad perdurable, increada, eterna, infinita, inmóvil, donde vienen á encontrarse todas las sendas de nuestra inteligencia y de nuestro sentimiento como en el punto céntrico de todo el mundo moral, supone por necesidad una inteligencia suprema, igualmente infinita é increada, que es el asiento donde aquella reside, la mente que la concibe, la fórmula eterna que la espresa, el *verbo* que le comunica toda su fuerza y divinidad. "El rey del Olimpo es un padre (dice un poeta antiguo hablando de esta ley del humano entendimiento): no procede del hombre, jamás se borrará de su alma, es un Dios, es el Dios supremo que nunca envejece (1)." "Esta ley verdadera y primitiva (dice Ciceron), que es nuestra regla y nuestra defensa, es la recta razon del Dios Todopoderoso (2). Universal, invariable, eterna, nos enseña el bien y nos aparta del mal, no puede ser derogada ni alterada: ni el pueblo ni el senado pueden dispensar á nadie de su obediencia: ella es intérprete de sí misma, y no es una en Roma y otra en Aténas, una hoy y otra mañana; ley inmutable y santa, que regirá en todos tiempos y en todas partes, y con ella el Dios que la ha hecho, discutido y sancionado, el Dios que es el árbitro y el soberano del universo (3)."

La única objecion especiosa, para concluir, que se ha opuesto contra la ecsistencia de Dios, la

(1) Estracto *inédito* publicado en una revista, cuyo título no recuerdo, aunque de ella lo copié fielmente.—Esta profunda definicion de la Divinidad no supera con todo á la del catecismo, del cual solo es un magnífico comentario.

(2) Tertul. Apologet. 17.—Esta bella prueba de Dios, deducida de la idea de lo infinito, de la cual se atribuye el honor á Descartes, no es suya ciertamente: es de los primeros padres de la Iglesia, y entre ellos de S. Anselmo.—Por lo demás debo advertir que esta prueba no presupone que la idea de Dios sea innata en el alma de cada uno de nosotros, pero sí en el género humano. Me esplicaré con mayor estension en el capítulo: *De la necesidad de una revelacion primitiva.*

(1) Sófocles, Edipo, rey, vers. 863.
(2) De las leyes, lib. 2.
(3) De Republica, lib. 3, §. 17.

que se saca del *desórden moral de este mundo*, desaparece ante esta última prueba, y no solo desaparece, sino que se convierte con toda su fuerza á favor de la verdad que se empeña en combatir.

Porque ¿quién no ve que para tomar el argumento del desórden, es preciso tener previamente la idea positiva del ÓRDEN inmutable y necesario?

Si no ecsiste el principio del órden, no puede ecsistir ni siquiera concebirse la idea del DES-ÓRDEN, y entonces la argumentacion se destruye por sí misma, pues con solo decir que hay DES-ÓRDEN se reconoce desde luego la ecsistencia de un ÓRDEN fijo é inmutable que acusa y condena lo des-ordenado. Y este órden preecsistente y no sujeto á mudanza es el mismo Dios, de donde se infiere que el argumento del ateo se apoya en Dios para combatirle, y lo demuestra cuando le impugna.

—"¡Ah! ¡estos hombres (dice ingeniosamente Mr. de Maitre) saben que ese Dios, que para ellos no ecsiste, es justo por esencia: conocen los atributos de un sér quimérico, y son capaces de decirnos á punto fijo cómo seria Dios, si por acaso hubiese uno! A fé á fé, que entre todas las locuras esta es la mas peregrina (1)."

Lo que por el contrario es realmente portentoso, lo que prueba irresistiblemente la Divinidad, es que el desórden moral de este mundo, este océano siempre borrascoso, no haya llegado jamás á sumerjir la conciencia del órden: que al través de sus mas horrorosas tormentas se hayan mantenido siempre firmes é inflecsibles las columnas de lo justo y lo injusto, y que el tiempo, que se lleva siempre trás de sí los errores y las pasiones humanas, no haya hecho mas que dar nueva fuerza á la virtud y nuevo lustre á la verdad.

Además, si el desórden es la consecuencia necesaria de la libertad moral, tambien lo es la responsabilidad; y á no ser que neguemos el libre albedrío, hemos de convenir en que ella es el mayor correctivo, ó por mejor decir, la reparacion del desórden producido; responsabilidad inecsorable que sigue los pasos del perverso, protesta incesantemente contra sus delitos, y levanta hasta por encima de las testas coronadas los preparativos del suplicio que se anticipa durante la vida por medio del remordimiento. Sean testigos de esta verdad las palabras de un soberano del mundo, que demuestran cuán persuadido estaba de la ecsistencia de otro soberano superior á él. "¿Qué podria yo escribiros, "padres conscriptos, ó cómo os escribiria? O mas "bien ¿deberia yo pensar en escribiros en este mo-"mento? Si yo lo sé, denme los dioses una muerte "mas cruel que esta que me tiene en perpétua ago-"nía (2)." ¡Tanto le atormentaba (añade este grave historiador) el recuerdo de sus infames atentados! ¡y tanta razon tenia Sócrates en afirmar que si se abriese el pecho del perverso veriamos su corazon traspasado y destrozado por mil agudos dardos!

¡Qué prueba mas viva de la ecsistencia de Dios que estos suplicios de una conciencia culpable, esos cardenales impresos por un azote invisible! Así dice el poeta:

> ....Et surdo verbere cœdit
> Occultum patiente animo tortore flagellum?
> Pœna autem vehemens....(1)

¿Quién no conoce este fiscal formidable que dia y noche llevamos en nuestro seno? ¿quién no ha oido esta voz delicada é incorruptible que previene todas nuestras acciones con sus consejos y las persigue con su censura; que habla á los mismos que no la consultan; que suena cuando mas queremos sofocarla, á menos que á fuerza de crímenes háyamos dejado de ser hombres; que en medio del tumulto de las pasiones nos dirije palabras severas, amenazadoras, terribles, mas penetrantes que una espada de dos filos, y nos dice: *¿Adónde vas? detente: ¿qué has hecho? ¡prevaricante!*

Voz eterna, independiente, universal, que no necesita intérprete, y que entienden todos los pueblos: voz en fin que consuela á los buenos en su miseria, y espanta á los malos en medio de su opulencia, y que su imperioso tono descubre una autoridad inmutable, infinita, que es la de Dios.

Así pues, en resúmen de este capítulo, vemos que todo prueba la ecsistencia de un Dios.

1.º El sentido íntimo le revela, y el sentido comun le proclama.

2.º Su necesidad resulta de la misma ecsistencia de todos los séres contingentes que pueblan el universo, como causa primordial de todos ellos.

3.º El movimiento universal es el testimonio completo del impulso recibido de su omnipotente voluntad.

4.º La armonía del mundo entona un himno de gloria á su inmensa sabiduría.

5.º Nuestras almas vuelven á él como los rios al mar, y se mueven en su seno como los cuerpos en el espacio.

6.º Se nos aparece constantemente en el fondo de todas las cosas, y en esta idea de lo infinito que nos atrae y nos sigue donde quiera.

7.º En fin, él mora y platica con nosotros en el recinto de nuestra conciencia, y se muestra igualmente á los individuos, á las familias, á las sociedades, á los imperios, á todo el género humano, por una ley imprescriptible é inviolable.

Por lo mismo toda inteligencia, sin esceptuar la mas obscura y atrasada en la carrera de la civilizacion, reconoce el GRANDE ESPÍRITU; y si una razon ciega en las cabezas de ciertos filósofos estraviados ha podido negarse á sí misma, negando su autor y su modelo, no les ha sido posible abandonar el mundo sin legar á la humanidad la confesion de su error, y sin dejar de levantar el grito sublime de la verdad que toda su vida se habia empeñado en sofocar.

Dos materialistas famosos han sido en el espacio de cincuenta años los fundadores y jefes de sus escuelas: el doctor *Cabanis* y el doctor *Broussais;* y los dos al morir han dejado una retractacion motivada de su lúgubre sistema. Concluiré copiando las dos.

(1) Veladas de San Petersburgo, t. XI, p. 124.
(2) Tácito, Anales, lib. 6, §. 6.

(1) Juvenal, sátira 13.

Retractacion de Cabanis (1).

"El alma, lejos de ser el resultado de la accion "de las partes, es una sustancia, un sér real, que "con su presencia *inspira* en los órganos todos los "movimientos que constituyen sus funciones, man-"tiene mútuamente unidos los elementos empleados "por la naturaleza en su combinacion, y los aban-"dona á la descomposicion desde el momento en "que de ellos se separa para siempre.

"El espíritu humano no está destinado á enten-"der que todas las operaciones de la naturaleza se "verifican sin precision y sin objeto, sin inteligencia "y sin voluntad. Ninguna analogía, ninguna se-"mejanza le conduce á semejante resultado: todas "por el contrario le hacen mirar las obras de la na-"turaleza como el efecto de operaciones compara-"bles á las de su espíritu en la produccion de las "cosas mas sabiamente combinadas, las cuales no "se diferencian de aquellas mas que por un grado "de perfeccion mil y mil veces mayor: lo cual le "hace concebir la idea de un sér inteligente que las "ha concebido, y de una voluntad que las ha ejecu-"tado; sabiduría altísima, y voluntad eficaz y aten-"ta á los mas minuciosos pormenores, dotada la "una de un poder inmenso y la otra de una proliji-"dad la mas estremada.—Lo confieso: paréceme, lo "mismo que á muchos filósofos á quienes no se "puede acusar de sobrada credulidad, que la ima-"ginacion se resiste á concebir cómo una causa ó "causas privadas de inteligencia puedan crear tan-"tas maravillas; y creo como el gran Bacon, que pa-"ra negar con formalidad la causa primera, es pre-"ciso ser tan crédulo como para dar asenso á todas "las patrañas del Talmud."

Retractacion de Broussais (2).

Esta retractacion no es tan esplícita como la anterior, pero es acaso mas significativa; porque descubre la tortura moral del espíritu de sistema luchando con la fuerza de la verdad, siendo por lo mismo mas fuerte cuando es mas violento el homenaje que rinde Broussais á su última conviccion.

Á MIS AMIGOS, Á MIS ÚNICOS AMIGOS.

RESEÑA DE MI OPINION Y DECLARACION DE MI FÉ.

"Tengo, lo mismo que otros muchos, el senti-"miento íntimo de que *todo lo que ecsiste ha sido* "*ordenado por una inteligencia:* procuro indagar si "ella es la que todo lo ha criado; pero no puedo al-"canzarlo, porque la esperiencia no me ha repre-"sentado un hecho de creacion absoluta.... Pe-"ro sobre todos los puntos debo confesar que en mis "facultades intelectuales ó no intelectuales no tengo mas que conocimientos incompletos, y *siento* "una inteligencia ordenadora, que no me atrevo á "llamar creadora, *aunque tal debe ser.*"

Triste es á la par que consolador para la humanidad, el ver cómo dos hombres tan eminentes como *Cabanis* y *Broussais*, campeones del materialismo en todo el curso de su vida, muriendo en toda la fuerza de la edad, borran con una plumada todos sus famosos escritos, para no dejar á la posteridad mas que tres ó cuatro palabras de aquella eterna verdad por la cual empezamos todos.

Se ha erijido una estátua á Broussais: no sé qué inscripcion se ha grabado en su base: pero yo quisiera leer en ella esta retractacion, como una grande leccion dada al espíritu humano para enseñarle que pōr soberbias que sean las olas de su arrogancia, hay UN NOMBRE escrito en la playa, ante el cual todos deben doblar la rodilla.

CAPÍTULO III.

INMORTALIDAD DEL ALMA.

Nos hallamos en frente de una verdad decisiva. —El alma ¿es inmortal? —La respuesta á esta pregunta deberá influir poderosamente en nuestros sentimientos y creencia. Si nuestras convicciones traspasan alguna vez los límites de este mundo, nos detenemos á la vista de un porvenir misterioso, donde podrémos ser felices ó desgraciados, segun el uso que habrémos hecho de nuestra libertad en el tiempo presente. Todos nuestros pensamientos todos nuestros deseos, todas nuestras acciones se enderezan y ordenan entonces bajo la impresion de esa perspectiva de inmortalidad, y desde este momento se establece una inevitable relacion entre las dos vidas, ó mejor entre las dos edades, la juventud y la vejez, la vida y la muerte. Este es el motivo por que sentimos á veces la necesidad de saber qué es ese otro mundo del cual podemos hallarnos habitantes el instante menos pensado, y por que queremos ecsaminar lo que en él nos espera. y lo que debemos hacer para que nos quepa en él un sitio dichoso. Cuando nos encontramos en tal estado, ya no se nos presenta la religion como una importuna enemiga de nuestros placeres, sino como una benévola y compasiva mensajera que nos trae la buena nueva de nuestros intereses eternos, y que desde esta vida recoje y traslada á la otra los sacrificios y virtudes que nos inspira, para que sean como las provisiones de nuestra inmortalidad.

Esta verdad es por consiguiente de grandes consecuencias, y por esto mismo nuestra razon es mas tarda en recibirla y creerla, que en recibir y creer las simples verdades precedentes del alma y de Dios. Es clara como ellas; pero el peso de sus resultados escita en nuestro entendimiento mas resistencia y mas dudas. Tal es, en efecto, la suerte de la verdad: el homenaje que le rendimos no está siempre en armonía con la luz que despide, sino con las consecuencias que importa: y á veces cuantos mas derechos tiene sobre nuestro corazon, mas

(1) Carta á M. F., inserta en todos los diarios de su tiempo, y en la *Revista francesa* en Diciembre de 1838.
(2) Este documento se insertó integro en 1839 en la *Gaceta médica de Paris*, y se repitió por estracto en 1841 en el periódico titulado el *Derecho*, con ocasion de un pleito entre su secretario y sus herederos sobre la propiedad del manuscrito.